

Douai (1837), por la Audiencia de Vienne (1838). Los poderes establecidos gustan de prestarse recíprocos servicios á expensas del enemigo común, el hombre libre que piensa libremente. La Inquisición, ese tribunal de sangre encarnizado contra toda novedad, se tiene por inmortal lo mismo que por infalible. Torquemada parece muerto, pero todavía sus huesos se agitan en la tumba.

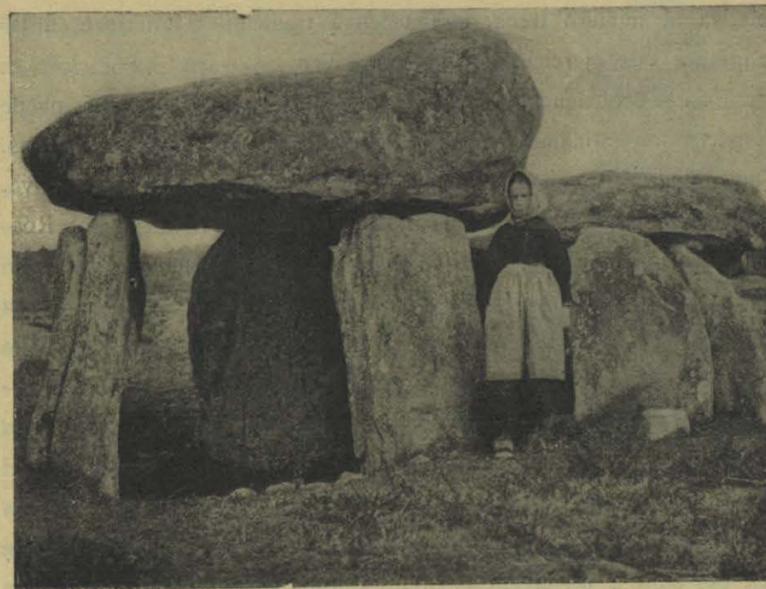
Asombra el hecho de que ni una de las antiguas religiones ha desaparecido completamente. Con más ó menos actividad, todas viven, siguiendo el mismo ceremonial que hace miles de años. En la Gran Bretaña, durante la noche que precede al 21 de Junio, los habitantes de los pueblos inmediatos á la llanura de Salisbury se reúnen alrededor del circo megalítico de Stonehenge — al menos lo hacían aún recientemente —, y, en tiempo favorable, cuando el horizonte oriental queda libre de toda nube ó niebla, esperan religiosamente la salida del sol. Los que se hallan en medio del recinto, sobre la piedra central del altar, ven un instante el globo como en equilibrio sobre la punta de la peña llamada Friar's Heel, «Talón del Fraile». Se nos dice que en 1895 el espectáculo de la aparición fué de una rara belleza¹. Un literato escocés, William Sharp, refiere² haber asistido, siendo joven, hacia 1860, á la inmolación de un carnero al solsticio de estío; la ceremonia tenía lugar en la cima de una elevada montaña al norte de Escocia, y el pastor que hacía el sacrificio pronunciaba palabras en una lengua que no era ninguna de las habladas en nuestro siglo en el país.

En los Alpes y en la Bretaña francesa se verifican todavía ceremonias análogas, sin que el cura católico se oponga, y hasta acepta, en todo el mundo antiguo pagano convertido en cristiano de nombre, el papel de mago, para ir, seguido de la procesión de fieles, á bendecir los campos, para expulsar de ellos las malas hierbas, los gusanos, las tempestades y toda huella de pata hendida. En los casos graves, si Dios y sus santos no se muestran favorables, no teme recurrir al Diablo y á sus ángeles; porque el creyente en las potencias sobrenaturales lo que quiere sobre todas las cosas es ver satisfechos sus deseos, y es justo que después de dirigirse inútil-

¹ *Nature*, Junio, 29, 1899, ps. 204, 205.

² *Nota manuscrita.*

mente á la divinidad del día, recurra al señor de la noche. Todavía en Ardenas, al final del siglo XIX, los jóvenes que temían que les tocara la suerte de soldado practicaban «novenas de noche», siguiendo cuidadosamente al revés el camino de la procesión; también hacían el signo de la cruz en sentido inverso. Las demás ceremonias deben hacerse también al revés para que resulten «magias». Las cosas santas conservan su virtud, pero en razón de la



Cl. Z. Le Rouzic.

CARNAC — DOLMEN DE MANÉ-KERIONED

profanación que se les hace sufrir. ¡La blasfemia equivale á la oración!¹

Uno de los errores más generalizados consiste en imaginarse que los cambios religiosos intensos corresponden á los cambios de nombres adoptados por los cultos sucesivos. Frecuentemente las formas de los amuletos y otros objetos de piedad no se modifican; las fórmulas idénticas se musitan siempre en la misma lengua sagrada, los lugares de peregrinación continúan siendo los mismos, las ceremonias se celebran para los mismos votos é idénticos géneros de

¹ Marie de Villermont, *Revue Maure*, 1899.

curación, la civilización rutinaria no ha cambiado lo más mínimo, y, no obstante, los individuos antes clasificados como paganos se cuentan actualmente entre los cristianos; se les llamaba budhistas y hoy son sivaítas ó mahometanos. Hasta cuando nuevos símbolos han reemplazado á los antiguos, cuando se hace entrar en la memoria signos mágicos ó palabras cabalísticas reputadas como más eficaces, el fondo de la rutina queda intacto en la mente de los tardíos de pensamiento¹. La mayor parte de las preocupaciones, como la relativa al número trece, pertenecen á tradiciones anteriores á las religiones «en ejercicio» y les sobreviven.

Esta subconciencia religiosa, que no se nota al exterior, puede despertar repentinamente en grandes períodos de perturbaciones. Todo fanatismo religioso puede llegar hasta la locura colectiva, hasta destruir los sentimientos naturales. Refiere el general Rossignol en sus *Memorias* que se le presentaron cincuenta mujeres en el cuartel general de Jalais, cerca de Angers, llevando cada una dos niños en brazos. — «Señores Azules, nos dijeron, nos han dicho que venís á comer nuestros hijos; nosotras os los traemos; comedlos»². Aquellas madres fanáticas contaban con la resurrección de sus hijos á los tres días y querían hacerla más gloriosa por el sacrificio. Y, no obstante, la guerra de la Vendée no era una guerra religiosa más que de rechazo; era determinada únicamente por ese odio á las creencias opuestas que coloca el furor guerrero bajo la sanción especial de la divinidad y de sus santos. Además, hasta en plena paz, cuando nada parece preparar la explosión de furores fanáticos, suele surgir tal lector de la Biblia, tal evocador de visiones para realizar actos atroces, ordenados por voces misteriosas. No pasa año sin que las recopilaciones periódicas refieran matanzas hechas por algún nuevo Abraham á quien el Señor haya impuesto el sacrificio de un nuevo Isaac, ú otro Josué encargado de exterminar enemigos de Dios. ¿Qué religión puede considerarse indemne de semejantes crímenes? Cada una tiene sus asesinatos rituales, y sería tan contrario á la verdad declarar esos crímenes imposibles como hacer responsables de ellos á todos los que en

¹ P. Lavroff, *L'idée du Progrès dans l'Anthropologie*.

² *Revue Blanche*, 15 Septiembre 1895, p. 272.

un país profesan una fe determinada. En este concepto, la historia de las sectas rusas, cristianas ó judías, está llena de enseñanzas. Hasta puede sospecharse que tales atrocidades cometidas en las revoluciones puramente políticas proceden del viejo fondo autoritario de las antiguas religiones; ¿qué crímenes no pueden cometerse en nombre de Dios?

Por su esencia misma, las religiones, incluso el catolicismo que se dice «flexible» porque se esfuerza en dominar los caracteres, van retrasadas en su evolución. Abrumadas por su enorme bagaje de supervivencias de los tiempos inmemoriales, obligadas á atenerse á las antiguas fórmulas para justificar su pretensión á la infalibilidad, dejándose adelantar siempre por las conquistas de la ciencia, se dedican fatalmente á combatir ante todo lo que cien años después se verán obligadas á admitir tácitamente ó hasta predicar. De tal manera forman la retaguardia de las naciones modernas, que hasta rehusan aceptar las nuevas situaciones que podrían serles útiles. Así es como el Papado, forzado por los poderes



Cl. H. B. Guppy.

FIGURA DE DIOS EN LA POPA DE UNA CANOA MELANESIA

civiles á volver á ser una potencia puramente espiritual, no ha querido comprender cuán ventajoso le sería librarse para siempre de sus indignos compromisos con los Estados, aboliendo tratamientos y privilegios, disponiendo más que nunca de la majestad divina á los ojos de los fieles (1905). Esta heroica intransigencia fué apenas indicada por alguna actitud pasajera, por algunas palabras que se llevó el viento, y los pontífices continuaron negociando lastimosamente lo que les quedaba de poder temporal, para conservar sus lucrativos concordatos con los diversos gobiernos, obrando como príncipes y como capitalistas, aunque suponiéndose «prisioneros».

La conservación de los privilegios se alía tan bien con la de los viejos dogmas, que instintivamente, cuantos se sienten amenazados por los progresos de la razón en los movimientos populares

se refugian en las cohortes religiosas. Hasta los que antes se burlaban de los curas invocan hoy su auxilio. No obstante, ese cristianismo burgués no es más que hipocresía pura: cuando una clase se penetra que su desaparición es inevitable y próxima, cuando tiembla ya ante la proximidad de la muerte, se encomienda desesperada á alguna divinidad salvadora, á un fetiche, á un ramo bendito; el primer brujo que se presente predicándole la salvación ó la redención le atrae por un instante. Así se cristianizaron los Romanos; así se convierten los volterianos¹. La inmensa mayoría de los que se unen á la Iglesia por interés carecen de toda fe y con perfecto cinismo declaran su evolución. La Iglesia cuenta por cómplices naturales todos aquellos que tienen servidores á su mando: reyes y militares, magistrados y funcionarios, hasta los padres de familia que quieren hijos dóciles á riesgo de hacerles perder el brillo de la mirada y la virilidad del pensamiento.

Un hecho capital gobierna esa clasificación de las fuerzas enemigas, á saber: los defensores de la Iglesia, aunque detestándose y despreciándose entre sí, se han visto obligados á agruparse en un solo partido. Aislados, sus doctrinas respectivas serían demasiado ilógicas, de una moralidad harto primitiva para que pudieran resistir; era necesario ligarlas á una causa superior, la de Dios mismo, el «principio de todas las cosas», del mismo modo que en una batalla las tropas aventuradas abandonan las obras exteriores recién construídas, para agruparse en el centro de la posición, en la antigua fortaleza, acomodada por los ingenieros á la guerra moderna.

El catolicismo se beneficia en gran manera con esta concentración de las fuerzas retrógradas hacia la ciudadela religiosa. Aparte del reposo del pensamiento que sienten algunos en una creencia en el más allá, el catolicismo ofrece otro sostén de la vida, prescribe una línea de conducta inmutable: la obediencia. Todos aquellos á quienes espanta el desarrollo de la iniciativa individual y del espíritu de rebeldía se vuelven suplicantes hacia el Papa; los episcopalianos de Inglaterra y de América se cobijan en multitud bajo el girón de la Iglesia romana.

¹ G. Sorel, *Humanité Nouvelle*, 10, VII, 1899, p. 35.

El extremado peligro que hace correr á la sociedad la concentración religiosa no está en que sus dogmas causen un mal directo cambiando de nuevo la mentalidad de las poblaciones del mundo civilizado. Los que no tienen la fe sincera y activa no pueden recuperarla, pero fingen tenerla; llegan á figurarse que la tienen, y en esa simulación de las creencias está precisamente el mal: no se cree en el infierno ni en el diablo; sólo se tiene de Dios una idea vaga, panteísta ó fetichista, ni nadie se preocupa de su supuesta omnipresencia; los principios esenciales de la religión quedan absolutamente ignorados, pero cuando se considera útil penetrar en la Iglesia se observan todas las ceremonias tradicionales, genuflexiones, balanceos del cuerpo y de la cabeza, movimiento de los ojos y de las manos. Se ha convenido en que los intereses de la propiedad, del capital, del parasitismo, los de toda especie, exigen la práctica reglamentaria del culto católico, y millones de hombres se conforman con esa obligación desprovista de toda sinceridad. La hipocresía tiende á reemplazar la fe desaparecida, y, por consiguiente, la religión se conquista cada vez más en el organismo social hasta el punto de haber perdido ya la fuerza directiva para obligar á la humanidad á seguirla; su acción, convertida en regresiva, se hace por eso mismo venenosa y corruptora, siendo necesario eliminarla á toda costa. No es el «clericalismo» el enemigo, es la Iglesia. Hasta por definición, la Iglesia es el gran agente del mal, ya que exige que se obedezca á fuerzas desconocidas, á las tinieblas primitivas; después de haber proclamado el misterio de los orígenes y de los fines, interpreta ese misterio en interés del clero al que Dios le ha confiado. ¿Pero no es ese clero el mismo Dios en persona, puesto que encarna su voluntad y tiene en sus manos las llaves del cielo y del infierno? Puede, pues, en su omnipotencia esclavizar á los hombres como un rebaño de ovejas, convirtiéndoles en otras tantas cosas sin derecho, sin personalidad y sin pensamiento, y con frecuencia lo logra. Es un hecho tristísimo el vacío de la mente, el gusto de la necedad y la sutileza pueril de muchas personas educadas por el clero y también entre religiosos, religiosas y hasta en los mismos curas¹.

¹ *Pages Libres*, n.º 99, 22 Noviembre 1902.

La potencia de renovación sólo pertenece á los hombres animados de una idea nueva. Toda la Edad Media con sus santos y sus diablos huye ante Copérnico. Todas las iglesias católicas y protestantes tiemblan cuando Lamarck y Darwin, cada cual como un nuevo Sansón, sacuden las grandes columnas. Por las ideas mezcladas de hechos, no por oraciones susurradas al pie de los confesionarios ni por rosarios rezados sobre el pavimento de las naves, se renuevan las sociedades.

Verdad es que los ejércitos de la Iglesia se han aumentado con nuevas tropas: al clero llamado «secular» se ha agregado la lista sin fin de las órdenes «regulares», de frailes y religiosas. Esas bandas comprenden precisamente los más ardientes celadores de la fe, los que con más valor penetran en el mundo para atraerle á sus fines y los que, por el contrario, se refugian en la soledad y en el abandono porque temen las batallas de la vida.

La entrada en las órdenes suele ser una huída, sobre todo entre las mujeres cuya educación no ha previsto las contrariedades probables: todo las espanta, especialmente los peligros misteriosos del amor y los deberes eventuales de la familia. Viene después la influencia del cura, del confesor, que pone en tensión los instintos, la pasión, toda la potencia del ser hacia un personaje ideal, resumen divino de bellezas físicas y morales y hasta de la dulzura existente en el sacrificio. Y he aquí que se ofrece el asilo discreto de los conventos, donde el alma tímida podrá gozar en paz de la gravedad de las tiernas emociones experimentadas por lo desconocido en la semi-obscuridad de las naves, donde la regularidad absoluta de las oraciones, de las mil ocupaciones metódicamente alternadas, conservará el alma en la dirección inicial, en que la regla hará de la obediencia absoluta más que un deber, una verdadera necesidad. ¡Es tan difícil tomar resoluciones fuertes y tan fácil obedecer! Reveillère pregunta á un hombre que quiere hacerse fraile: «¿Por qué no entra usted en el clero secular, donde podrá practicar el bien? — Porque — responde el sujeto — habría de guiarme, y siendo jesuíta seré guiado; es más seguro».

Sin contar los maestros adiestrados en la rutina de la enseñanza primaria, hay órdenes que se ocupan del estudio profundo de las

ciencias y siguen los únicos métodos de observación, de experiencia y de lógica indispensables á las investigaciones fructíferas; pero á esos fieles aventurados sobre el peligroso terreno de los trabajos intelectuales se les dictan previamente las conclusiones: se les conduce como por la mano al atrio del templo y allí se les obliga á que se prosternen en adoración ante el poderoso Creador de todas las cosas, considerándose dichosos de ofrecer como una hierbecilla la pequeña cosecha de descubrimientos que han hecho en el campo del saber. Si, por el contrario, tropiezan con alguna piedra de escándalo y hallan la menor contradicción entre el resultado de sus trabajos y las tradiciones de la Iglesia, las decisiones de los Concilios y el texto de las bulas pontificias, entonces corren el gran peligro de ser heridos de anatema,

Cl. del *Globus*.

COSTUMBRES RELIGIOSAS DE LOS INDIOS CORA

En esta población mejicana subsiste una sabia mezcla de religiones organizada por los Franciscanos hace dos siglos. En la fiesta de Pascua, los Indios, representando á los Judíos, se extienden en el suelo para dejar paso á los apóstoles. (K. Th. Preuss, *Globus*, 1906, 2, p. 168.)

á menos que hagan pública retractación y acepten hacer penitencia en algún convento lejano, olvidados de aquellos á quienes escandalizaron con su enseñanza. Como en los siglos de la Edad Media, la ciencia sólo tiene derecho al nombre de «servidora» ante la Iglesia soberana, en tanto que para los infieles es la Reina y la Madre.

Prohibido ya á las Iglesias el imperio intelectual del mundo, separadas unas de otras por el dogma, sus reducidas ambiciones se limitan á horizontes más pequeños; se dirigen á la posesión de las riquezas. Un verso de Sófocles¹ menciona ya la avidez de los sa-

¹ Τὸ μαντικὸν γὰρ πᾶν φιλάργυρον γένος, *Antigone*, verso 1055. — «La raza de los adivinos es, en efecto, toda entera ávida de dinero».

cerdotes, y lo que era verdad en el mundo helénico, donde el papel de los intérpretes de la divinidad era secundario, ha adquirido un valor mucho mayor en las sociedades en que la Iglesia se arroga la dirección absoluta de las almas. En cuanto una religión cesa de ser perseguida para convertirse en institución, culto reconocido ó dominante, en seguida trata de aprovecharse de los bienes de este mundo: acuña moneda é invita á los mercaderes al templo, como en los días en que el Cristo se armó de un látigo contra los traficantes. ¿No se venden en las iglesias los asientos en subasta? ¿No vela con una cortina el arzobispo de Malinas las gloriosas pinturas de su catedral, para partir con el pertiguero las monedas de plata que pagan los extranjeros para que se les permita ver las obras maestras? Y tal iglesia — citemos la de San Julián en Brioude — ¿no muestra sobre la puerta lateral de su fachada hasta los anuncios mentirosos de algunos viles mercaderes? El dinero no tiene olor aunque se le recoja en el fango, siempre que sirva á la gloria de la Iglesia. Sabiendo que el hombre no vive solamente de fe, sino que también necesita pan, el clero, aun el que permanece pobre y muy pobre por sus miembros individuales, trabaja para enriquecerse, y es un curioso fenómeno psicológico ver tal fraile mendicante, tal hermanita de los pobres contentarse con miserables desperdicios, vestirse con los hábitos más humildes para tener la dicha de contribuir al enriquecimiento de esa inmensa sociedad de la Iglesia de la que forman parte como una gota de agua del inmenso Océano. La Iglesia, nutrida con la parte extraída de las privaciones de los pobres y de las rentas de los ricos, ha reunido más tesoros que los que haya podido poseer el monarca más rico y poderoso. No solamente dispone de subsidios del Estado en la mayor parte de los países del mundo llamado civilizado, sino que hace más que doblar el presupuesto oficial; por una parte solicita ofrendas, concede indulgencias, vende títulos nobiliarios, organiza — en Méjico — loterías á un dollar el billete, en la que cada número premiado «transporta un alma sangrienta y martirizada del purgatorio al cielo»; por otra, comercia fabricando toda clase de objetos, alimentos, hasta bebidas espirituosas, construyendo barcos y estableciendo plantaciones en colonias lejanas. Cuando esas em-



Museo de Luxemburgo.

Cl. J. Kuhn, París.

EL OFICIO DIVINO EN FINLANDIA, POR EDELFELT

presas no tienen buen éxito, se invita á los gobiernos y á los fieles á cubrir el déficit; cuando se obtienen beneficios, los productos sirven para extender el círculo de los negocios. Uno de los hechos que mejor caracterizan la caza del dinero es el que en 1898 descubrió en España el ministro de la Justicia: desde 1851 ninguna de las religiosas pertenecientes á ciertos conventos había sido inscrita como difunta, y eran precisamente las que por una ley de 1837 venían disfrutando de una pensión vitalicia de una peseta diaria.

Las ciudades ven elevarse enormes cubos de piedra, con ventanas simétricas, en los que se amontonan las gentes de Iglesia, sus clientes y parásitos. La superficie de los terrenos pertenecientes al clero aumenta de año en año; casi no hay ciudad donde no existan vastos monumentos decorados que costaron millones, aunque el constructor no poseyera nada cuando se puso la primera piedra. La gran riqueza de la Iglesia es lo que asegura su clientela: mientras la fe disminuye y la religión se va, la casa de comercio clerical extiende sus «operaciones» y su patronato pesa sobre los pueblos.

El clero aumenta su acción sobre el mundo exterior principalmente como explotador del trabajo, pero en este concepto, á pesar de los miles de millones que posee, le faltan las grandes iniciativas: no sabe agrupar los trabajadores en poderosas masas comparables á las que hace obrar el capital laico. La utilización del trabajo de los huérfanos, de los presos, de los enfermos y de los ancianos, la fabricación de las bebidas y de los alimentos, de perfumería, de objetos de mercería es lo que le conviene. Para otros trabajos ha de haber disminución gradual, puesto que el móvil inicial, la fe, desaparece en los unos y se mezcla en los otros á una parte cada vez mayor de elementos extraños. Conviene no dejarse engañar á este respecto por la acumulación de las multitudes que presencian una bendición papal ó por la procesión de peregrinos que acuden á las fuentes benditas; la parte de curiosidad y puerilidad excede en ellas á la devoción. Evidentemente las peregrinaciones tenían en la Edad Media una importancia relativa mucho más considerable que en nuestros días, porque ponían en movimiento una masa popular mucho más importante proporcionalmente, á pesar de la dificultad de los viajes lejanos á través de países desconocidos y frecuentemente aso-